

ZAGA DE TU HUELLA

Sena Medina, Guillermo. Preludio de Alfonso Ortega Carmona

Dámaso Chicharro Chamorro

Consejero del Instituto de Estudios Giennenses
Catedrático de la Universidad de Jaén

La obra lleva como subtítulo el común remoquete de «Nueva edición ampliada». Y bien que lo merece. Fue publicada por la Universidad Católica de San Antonio, Fundación Universitaria San Antonio, en su primera edición en Murcia, 2004. Va precedida de una cita que justifica el título. Se trata del conocido poemilla de San Juan que reza así: «A zaga de tu huella,/ las jóvenes discurren al camino;/ al toque de centella,/ al adobado vino,/ emisiones de bálsamo divino».

No es la primera vez ni mucho menos que me ocupo de la poesía de Guillermo Sena Medina. En 1991, cuando el Instituto de Estudios Giennenses dedicó una amplia contribución de varios cientos de páginas a *San Juan de la Cruz y Jaén* con motivo del centenario, inserté mi trabajo «San Juan de la Cruz en la lírica del Santo Reino», donde constan algunas referencias significativas a la poesía sanjuanista de Guillermo Sena; allí formulaba ciertas consideraciones con las que me encuentro absolutamente de acuerdo al día de hoy, y que podría repetir sin rubor, aunque con los mínimos y naturales matices que el paso del tiempo nos permite añadir. Decía entonces: «De entre todos los poetas sanjuanistas, tal vez uno de los más interesantes sea el lírico de estas tierras Guillermo Sena Medina, nacido en Bailén en 1944. Residió en La Carolina, donde dirige una interesante colección poética. Cuenta con una nutrida bibliografía de artículos y libros de variada temática. En el campo de la creación poética destacan: *Cantares a Cazorla* (1972), *Este amor nuestro* (1973), *Sonetos a corazón abierto* (1978); y de temática religiosa su interesante *Rosario de*

sonetos a las Virgenes del Jaén (1985)». Allí mismo me refería a la profundidad de sus conocimientos sobre San Juan de la Cruz y al hecho de haber publicado recientemente (entonces, 1991) un libro sobre la relación del Santo con estas tierras, aunque en aquel momento a mí me interesaba más como poeta sanjuanista, ya que de lo que se trataba era de recoger sus contribuciones más significativas a esta temática, que no eran escasas ni menores.

Resaltaba el valor de su texto («Descubre tu presencia»), incluido en el *Homenaje poético a San Juan de la Cruz*, publicado en la Carolina, Colección La Peñuela, en 1979; trabajo cuya cuarta parte concluía, tras una evocación del águila y el palpito de las horas, con los nimios datos del último viaje del Santo desde La Peñuela a Úbeda. Esos versos, tan espléndidos como sencillos, dicen: «De la Peñuela saliste/ enfermo de calenturas,/ llena el alma de dulzuras/ por la vida que viviste./ Para morir escogiste/ sendas de mayor dolor,/ siempre amando en el Amor/ hiciste el último vuelo/ desde Úbeda y su suelo/ a los brazos del Señor». Y comentaba: «Esta décima no tiene nada de retórica; en su sencillez radica la base de su valor poético». Insistía luego en otros variados textos que me permitían concluir que se trataba, en efecto, de «uno de los grandes poetas sanjuanistas de todos los tiempos». El tiempo tal vez me dio la razón. Han pasado catorce años.

El libro que comento ahora en su edición ampliada es mucho más. Ha tenido incluso la suerte de contar con un «prologuista» excepcional, de características distintas a los usuales retóricos de ocasión o de faenas de aliño; por la profundidad de su estudio, nos hallamos ante un estudio verdaderamente definitivo. Me refiero al trabajo de Alfonso Ortega Carmona que preludia el poemario. Se trata de un humanista y escritor que durante muchos años ejerció como catedrático de Filología Griega de la Universidad Pontificia de Salamanca, que se ha materialmente «re-creado y asubiado» en la lírica de Guillermo Sena, y lo ha situado con todo rigor y merecimiento entre los tres poetas místicos más importantes de la España del siglo XX, junto con Fermín María García y Antonio Colinas. Apostilla el crítico: «Y no sería ocioso afirmar que la mirada más profunda a la creación poética de San Juan de la Cruz, cima universal de la mística, nos llega en la investigación de Sena Medina sobre el poeta santo, y de modo personal, en su propia obra poética, si nos es permitido interpretar así lo que, a mi entender, revela la creación literaria del poeta de La Carolina, en todas las obras suyas desde el año 1978 al 1997, intensamente gozadas en singular lectura». Con esto tiene bastante.

Cualquier elogio o ditirambo académico que se le pueda añadir con el tiempo a su poesía será siempre menor. Por eso lo que preciso en esta ocasión es prudencia y moderación. Doctores tiene la Iglesia que ya han hablado. A elogio tal, preciso y respetuoso silencio. Y más hoy (16-5-2014) en que cumplo con el gustoso deber de dar cuenta de que es recibido como académico correspondiente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de Granada este teniente fiscal del Tribunal Superior de Andalucía. Su preceptivo discurso enfoca otra de sus grandes pasiones: «El fiscal Campomanes y el Fuero de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena». Debo la información periodística a Vicente Oya, quien por cierto ya se ocupó de la obra del bailenense en su *Retrato natural de Guillermo Sena*, La Carolina, 1999.

Dice Ortega Carmona allí mismo que «la palabra es proyección, dardo que el cerebro elabora, y estalla en el cañón de la boca, con el intento de establecer relación esencial entre el pensamiento y la realidad»; porque «las palabras temen o se resisten, a veces, a dejar sus amables rincones»; insisto: es como si nos huyeran, se nos escondieran, se nos escaparan. Ahora quiero añadir algo más. Me viene a las mientes un viejo texto de Neruda en *Confieso que he vivido* que hace al caso de la palabra plena, poética y dueña de nuestro ser: «son las palabras las que cantan, las que suben y bajan... Me prosterno ante ellas... Las amo, las adhiero, las persigo, las muerdo, las derrito... Amo tanto las palabras... Las inesperadas, las que glotonamente se esperan, se acechan, hasta que de pronto caen... Vocablos amados... Brillan como piedras de colores, saltan como platina-dos peces, son espuma, hilo, metal, rocío... Persigo algunas palabras... Son tan hermosas que las quiero poner todas en mi poema... Las agarro al vuelo, cuando van zumbando, y las atrapo, las limpio, las pelo, me preparo frente al plato, las siento cristalinas, vibrantes, ebúrneas, vegetales, aceitosas, como frutas, como algas, como ágatas, como aceitunas... Y entonces las revuelvo, las agito, me las bebo, me las zampo, las trituro, las emperejilo, las liberto... Las dejo como estalactitas en mi poema, como pedacitos de madera bruñida, como carbón, como restos de naufragio regados de la ola... Todo está en la palabra». Eso y mucho más que omito tiene a mi juicio la palabra poética de Guillermo Sena. Acaso le ha sido menester en esta ocasión «emperejilarlas» todas para comérselas. Era el momento con San Juan al fondo.

Casi a tanto ha llegado el profesor Ortega Carmona en el estudio. Se refiere a toda su creación la poética, comenzando por *Esta palabra inútil*, su primer libro de versos, que a juicio del crítico estalla bajo la honda crisis de la palabra aparecida en el siglo XX; continúa realizando un es-

pléndido recorrido por toda su creación poética, para fijarse luego en el libro de referencia, *A zaga de tu huella*. Son apenas 37 páginas, pero de una entidad, densidad y valor incuestionables y definitivos.

Después de tan ponderado prólogo poco me cabía hacer como estudioso «diletante» (si tal oxímoron cabe) del libro al que me refiero. No obstante, siempre hay algún resquicio por donde penetrar o algún aspecto que Ortega Carmona no termina de tratar con la profundidad y el interés que merece. Me refiero a algunos aspectos de ciertos textos autobiográficos para mí definitivos. A título de mero ejemplo me voy a introducir en los «Poemas con San Juan de la Cruz al fondo», que han sido «desamparados» en algunos momentos, todos verdaderamente propios, personales en el mejor sentido del término. Voy a dedicar preferente atención al más lejano, al menos sanjuanista, para que se pondere por contraste el valor de los demás. Me refiero al titulado «Tocata y fuga (Bach)», que acaso sea el que mejor conforma y despierta la sensibilidad del autor en todos sus términos y el que predice y predica a fondo (valga el parónimo), pese al tiempo, hasta dónde habría de llegar su lírica.

Este poema, que ocupa las páginas 93-95, refrenda todo el sentido de un imaginado hombre nuevo, valioso en ciernes, de un joven que aún no ha madurado, pero que está a punto de hacerlo, y en el que las influencias en fáfara (si tal se me permite) se observan en plenitud, valga el opósito. Es como si viéramos una tocata traspuesta a la edad de quince años, escuchada a trasmano bajo las bóvedas de la catedral de Jaén, que señala y refiere amor y remedio. Un muchacho sensible e impresionable quedará a partir de ese momento transformado. Estoy por decir que esa acaso inesperada «aventura musical» marca en el joven un antes y un después para siempre, espléndido texto que desde el primer verso bucea en esos «ámbitos de mis estancias (que) se llenan con música de Bach: todo es armonía de paz y silencio. Sólo el órgano eleva las claridades de sus registros hasta las cimas más altas de lo eterno». El poeta lo evoca en la distancia y la querida nostalgia: «rememora despierto aquella primera ensoñación de inigualable belleza consumada». Y desde entonces se va a sentir inconsciente imitador que regula las bases de su posterior evolución.

Luego viene el momento machadiano, pero no de Antonio sino de Manuel. Es el comienzo del otoño en una latitud conocida, cuando los pájaros reclaman compañía, compartida presencia, y las horas «se agrisan, se acortan y se acomodan a la lluvia monótona»; cuando el hombre se hace a la melancolía y cuando la razón no marchita aún, porque no

puede, la ilusión virgen que los años ajarán; empieza a detenerse la permanente –si tal cabe– vivencia de ese muchacho de apenas quince años que nos habla de su casa pueblerina y empieza a descubrir el decadente mundo provinciano. Nos recuerda aquel texto («Otoño») de Manuel Machado. En aquel otro otoño, en que solo, «en el parque viejo/ lo han dejado/ y han cerrado». Han cegado todas las puertas.... Pero nada es para siempre, pues al fin evoluciona hasta una conclusión positiva. Esa «hoja seca/ vagamente/ indolente» que roza el suelo matiza mucho el «nada» posterior: «nada sé,/ nada quiero,/ nada espero,/ nada...» dice el poeta. De este pesimismo sale como rejuvenecido.

Guillermo ha tenido más suerte con la presencia de Bach, que lo ha elevado en el momento crítico, aunque las horas se agrisen, aunque los días se acorten; ha supuesto un tono de rigor, de belleza y de seguridad –por qué no decirlo– en su obra, aunque esa lluvia monótona cale en un muchacho, él mismo, aunque su razón se levante con la ilusión virgen de la escasa edad. La esplendente belleza despierta en el joven sensaciones ya jamás olvidadas. Ya nada será igual. El «nada sé, nada quiero, nada espero» otoñal machadiano aquí lo transforma la música en la hermosura de la límpida mañana en la bóveda del templo catedralicio; es ese órgano centenario quien (personalizo) rompe todos los silencios, quien abarca todas las sensaciones, quien conforma todas las mentes. El rocío de paz no es el rocío muerto de aquel otoño machadiano, sino el que riega vivificante al poeta en ciernes que es aquel joven y lo marca para siempre; tanto que se siente «empequeñecer en un vértigo de nubes transparentes» que lo acunan y adormecen como a un niño, como el niño que se desahoga y se recuesta dormido a su sabor.

Parece como si la clara inspiración que creía momentánea se enquistara y creciera ya hasta la madurez. Sus sentidos inocentes y asombrados se orientan hacia el Santo. Con esto se completa el proceso. Ha nacido un poeta definitivo. En efecto, la sombra deja sus ecos en el aire hasta el día de hoy y esa alma «bienherida», como dice con notable y sencillo acierto, vuelve a la realidad. Aquí despunta el hombre verdadero que es Guillermo Sena, el que ha podido ser situado entre los dos o tres mejores poetas místicos del siglo XX, el que «recuerda», en el sentido manriqueño de despertar, desde entonces cada mañana que merece la pena vivir. Y lo «recuerda» convencido. Regalo divino donde los haya.

Al final del libro reconoce agradecido, como tantos, que todo lo que ha aprendido lo aprendió en San Juan de la Cruz. Es su verdadero maestro. Esto es absolutamente visible en toda su lírica. Tomaré como

ejemplo la sencillez y profundidad con lo que lo dice en el soneto XII, el otro de los poemas significativos y apenas tratados de este espléndido poemario, que empieza pidiendo perdón por tanto haber tardado en reconocerse deudor absoluto del Santo. Así, en la página 127, se produce la primer constatación: «Tengo que darte cuenta de mi olvido/ y pedirte perdón por la tardanza/ de dar a mis poemas la esperanza/ de cuanto sé de ti y en ti he aprendido». En efecto, ha tardado mucho (poéticamente) en darse cuenta, o al menos en manifestarlo de forma tan clara; ha tenido que llegar al final del libro para que pida perdón, como debe hacerlo alguien que, deshonrado consigo mismo y con el poeta, ha seguido sus mismos pasos intencionadamente, «con gozo y confianza», deseoso de hacerlo buscando esa «bonanza» que precisa todo hombre, malherido o no, qué más da. Todos lo somos o lo hemos sido. El Santo acaso nos da al confort de la esperanza, las alas para volar alto y comprender que, como él, podemos «ascensionar» –valga el palabro– a las «nubes de los gozos» en una cualquier mañana, en silencio y sintiendo con placer aquel gozo infinito que enamora. Así lo constata en el segundo cuarteto: «Cada paso que diste lo he seguido/ con devoción, con gozo y confianza/ buscándole a tus «nadas» la bonanza/ que necesita un hombre malherido». En efecto, esas «nubes de los gozos» son llamadas por el poeta, que termina por sentir con placer ese afán infinito que enamora. Y lo plasma con rigor y calidad en los tercetos finales, donde se siente admirador, caminante, amigo liberado, pecador y, al fin, como todos, lleno de dudas y tropiezos, pero con la inestimable ayuda del Santo al fondo: «Sueño contigo, Juan, tu Cruz a cuestas,/ tu fe y tu libertad siempre dispuestas/ a dar a Dios cumplido tu destino».

Al fin, como todos, esas dudas se suman, aunque San Juan las disipe en la medida de lo posible, porque en última instancia somos humanos («*homo sum el nihil humanum mihi alienum puto*»). Pero no es poco consuelo el de seguir el camino del Santo, con el mismo Santo protector como guía, aunque se tropiece en las piedras del sendero, aunque se dude en alcanzar la salvación, aunque unánimemente pensemos que Dios se nos esconde en la duda «enamorada y vivificante»: «Quiero seguir contigo mi camino/ pero tropiezo en piedras del sendero/ y temo no alcanzar lo que ya espero». Se tiene al alcance de la mano lo que tanto se ha deseado. Es cuestión de tomarlo y lo conseguirá sin duda.

El libro en su conjunto abunda en aciertos de primer nivel. Por destacar uno entre tantos me fijaré en la estrofa inicial del poema IX, con la que todos podemos sentirnos identificados. Se trata de un texto que no

se lee, que no se puede leer de manera indiferente: «Empezar a leerte es comprender/ que el poema te atrapa, te libera,/ te florece en el alma, te encandila,/ te desbroza la sed de enamorarte,/ te transforma en bajel,/ te desarbola las jarcias de este mundo,/ te ascensiona a las nubes de los gozos,/ te satura, te absorbe, te envenena...» Esta estrofa no requiere mayor comentario, pues es una sentida incitación a la lectura sosegada del libro, uno de los mejores que recuerdo haber leído en mi ya no tan corta vida de lector interesado en la poesía sanjuanista de Guillermo Sena. Se ha elevado así a niveles excepcionales para el lector. Pero igual sucede en los escondidos que subtitula «Nuevos poemas», donde se plasma una diferente realidad. Da lo mismo. Guillermo Sena se muestra como el auténtico poeta que fue siempre sin distinción temática, pues ahora se eleva en el dominio del verso, con vida nueva, amante de los ritmos y metros tradicionales. Y es autor de poemas que nos llenan de ese subido rumor de religiosa musicalidad. Guillermo Sena debe, pues, ser considerado, por este libro y por otros, como uno de los principales poetas místicos de la lírica española del siglo XX, sin ningún tipo de duda. Frente al prólogo preciso y erudito, yo me limito modestamente a corroborar lo evidente.